

DOMINGO IV DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Lluís Juanós, monje de Montserrat
18 de marzo de 2012
2 Crón 36,14-16.19-23; Ef 2,4-10; Jn 3,14-21

Hermanas y hermanos: El camino cuaresmal que estamos haciendo es un itinerario que nos conduce a la máxima prueba de amor que Dios nos ha dado. Dios, como recordamos particularmente en este tiempo de cuaresma, nos ha entregado a su Hijo único *para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tenga vida eterna*. Esta es la máxima prueba de amor de un Dios, que se ha acercado a nosotros y en Jesucristo nos ha amado hasta la muerte en cruz. He aquí el signo que nos identifica como cristianos: la cruz, plantada en el corazón del mundo y de la historia, revela a los ojos de la fe la paradoja de un Dios que, en Jesucristo, ha querido morir para que nosotros tengamos vida.

Con todo, si damos una mirada a nuestro entorno y a nuestra cotidianidad, nos podemos preguntar: ¿y qué cambia esta afirmación fundamental de nuestra fe en nuestra vida y en nuestro mundo? Es cierto que a menudo podemos echar de menos señales o signos claros y evidentes del amor de Dios para todas las personas del mundo y de la historia humana. Hablar de esperanza, de un Dios que nos ama y nos salva, de Jesucristo que ha venido para curarnos y liberarnos de todo mal, puede parecer hoy día de un optimismo casi insolente cuando constatamos en nuestro entorno cómo tantas situaciones, sean a nivel social, laboral o familiar, no son precisamente motivos para el optimismo ni la esperanza. Y con todo, una lectura creyente de la vida y del mundo no se detiene en la búsqueda de soluciones económicas, sociales y políticas que indudablemente tenemos que explorar. Pero más allá de todo pragmatismo, de las contingencias que nos toca vivir, o de las evidencias que pueden contradecir nuestra fe, no podemos dejarnos llevar por la inercia del pesimismo, del "todo va mal y no hay nada que hacer"; el mensaje que se nos pide es ser signos de vida y de salvación: mantener la esperanza cuando más necesidad hay de esperar, mantener la fe cuando más necesidad hay de creer y persistir.

En el evangelio de hoy se nos habla de un encuentro de Jesús con un importante fariseo, llamado Nicodemo. Según el relato, es Nicodemo quien toma la iniciativa y va «de noche» donde se encuentra Jesús. Intuye que Jesús es un hombre «que ha venido de parte de Dios», pero aún lo desconoce. Jesús le irá conduciendo a la luz. Nicodemo representa en el relato a todo aquel que busca sinceramente encontrarse con Jesús. Por ello, en cierto momento, Nicodemo desaparece de escena y Jesús prosigue su discurso para acabar con una invitación general a no vivir en las tinieblas, sino a buscar la luz y vivir de acuerdo con la verdad.

"Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna". Es de este Jesús, elevado en la cruz, de quien brota la luz, la esperanza y la vida que Dios nos da y la prueba más grande de su amor.

¿Reconocemos en el Crucificado todas estas realidades? Estamos tan acostumbrados a ver la cruz desde pequeños, que casi no llegamos a ver en el rostro de Jesús todo lo que ha hecho por nosotros. Nuestra mirada distraída no acaba de descubrir en este rostro la luz que podría iluminar nuestra vida en los momentos más duros y difíciles. Desde este rostro apagado por la muerte, desde esos ojos que ya no pueden mirar con ternura a pecadores y prostitutas, desde esta boca que no puede gritar su indignación por las víctimas de tantos abusos e injusticias, ni proclamar la misericordia del Padre, Dios nos está revelando su amor por la Humanidad. En estos brazos

extendidos que no pueden ya abrazar a quienes acudían a él, y en esas manos clavadas que no pueden acariciar a los leprosos ni bendecir a los enfermos, está Dios con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras vidas, y las de todos aquellos que experimentan el dolor y el sufrimiento.

«Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Podemos acoger a este Dios y lo podemos rechazar. Nadie nos fuerza. Somos nosotros los que tenemos que decidirlo. *«La luz vino al mundo»* y está en nuestras manos acogerla o no.

Jesús asume en la cruz la obra reconciliadora de Dios por nosotros y a pesar de nosotros. Como grano de trigo caído en tierra y sepultado en las entrañas del mundo, Jesús es promesa de vida nueva, de un amanecer de resurrección que despunta como una Buena Nueva para nuestro mundo. Como levadura escondida, como luz que quiere ser luz en la oscuridad de nuestras dudas, Jesús se nos da como una palabra llena de sentido para la vida y la muerte de nuestra humanidad. Su luz es hoy también la nuestra y estamos llamados a dejarnos iluminar por ella y esparcirla a todos los que nos rodean; a ser en toda situación un sacramento del amor de Dios para todos los que, como Nicodemo, le buscan con sincero corazón.